

sadas y bendecidas se hablaba esto y lo otro, á Benita no había tacha que colgarle, fuera de la que bien le bastaba.

—Es por la cubiza de atraparle—rezongaban las lenguas piadosas. Y he aquí como el afán de morderisquar en todo, hacía sin querer, á los caritativos vecinos, criticar de lo mismo que ellos procuraban, por dignidad de la villa, sobre cuyos añejos pergaminos de muy noble y leal caía de lleno el tamaño manchón.

Un día notaron los parroquianos de la hermosa ventera, en su cara morena, atezada, como si la dejaran en sombra aquellas cuencas profundas de sus ojos, señales contundentes de las caricias del hombre.

Al punto, corregida y aumentada, se extendió la especie por vías y plazoleas, y quién, celebró el caso por venir en confirmación de sus previsoires avisos á la propia Benita, quién lo reputó, con aspavientos y santiguaciones de asombro, por trastorno manifiesto de ella en aguantar el mal trato encima de la mala honra. Y ella, ni muestra de sentirlo. Antes lo negó la muy terca, encendidas de enojo las dos furias de sus pupilas, á las buenas comadres que oficiosamente acudieron en su favor y consejo. Era probado que un demonio canalla la poseía, consumiendo con lumbre de amor réprobo el alma de la infeliz moza; y más de cuatro viejas devotas, limpias de impureza, rezaron por su intención en la obscuridad de las capillas, al anochecer, un diez de sus marianos rosarios.

Pronto repararon más los avizores concurrentes á «La paz de Fontesecca», que así, en letras retorcidas y rojas, como las ascuas soñadas de las santas mujeres, se rotulaba el parador maldito. Viéronla languidecer y espigarse, hundidas las ojeras, amarillo el color, el cuerpo enflaquecido bajo el pañolón, que, pegándose á sus huesos, marcaba arrugas de sequedad y envejecimiento. Llegó á dar tal lástima, que ya las vecinas se compadecían de ella y murmuraban de él... Y Benita negaba aún, tan indignada, que la sangre tornaba entonces á su cara, presta como acude al abrir una herida.

Y cuando una vez llegaron en socorro, á las voces de riña, los que al lado la oyeran, entre condolidos y curiosos, Benita, exasperada, loca, les detuvo, gritándolos:

—¡Dejadle, mal rayo! Pega en lo suyo...

Hiciéronlo como lo dijo, y nadie, desde aquella vez, volvió á quitarle el gusto, pues que así lo tenía. Poco á poco, conforme pasaba la tentación de su carne incitante y pecadora, fuéronla también dejando los asiduos enamorados de su buen vino, y al fin, quedó sola, mostrando de nuevo en la puerta del abandonado tenducho el bombo grotesco de su panza irrisoriamente fecunda.

Al fin no se la vió, en la planta del bodegón, pisado de tierra, lleno de hoyos que enclavaban los bancos, y en cuyo fondo se alineaban los toneles hidrópicos, bien que en su gordura no entrase, que yo sepa, pizca de agua. Extrañó la ausencia, por no estar Benita fuera de cuenta, según la que minuciosamente llevaban las fisgonas del barrio, y hubo, con ser el caso para menos, cábalas y aventuranzas de todos los pareceres llamados á juicio. Cuando la inquisición tocaba un punto de fiebre epidémica, corrió, agravándola, una voz aguzadora, delirante. Benita se moría. Tanto era así, que buscaron al médico. Y don Cristino, un viejo y sabio doctor, que hablaba de Hipócrates y ponía cataplasmas, saliera con espanto de la casa, rumbo al juzgado, donde afirmó clarito, rotundamente, que el mal era de un golpe en precisa parte, del que se marchaba por la posta.

Todo el arrabal se congregó enfrente del parador, mientras el juez estuvo dentro, pidiendo declaración á la encamada. ¡Horror de terquedad y ceguera! Todavía allí, en el dolor de su postrimeria, se alzó Benita con un esfuerzo de ánimo para echarse á sí propia la culpa, por una caída, al bajar del sobrado.

Murió la noche misma. Y es fama que el bendito don Cosme, al final de un responso, entre las aspersiones del hisopo, que parecía sobre ella la maza de aquel misero bombo roto y caído, añadió con piedad:

—Tenía que acabar así...

Javier VALCABE.

SONETO

Para PERO GRULLO

Soy un sultán poeta. De todas las cautivas de mi harén, una sola con su esplendor me ciega; belleza luminosa de noble estirpe griega y manos á los juegos de amor jamás esquivas.

Sin más velo que el oro de sus trenzas lascivas, á mis trémulos brazos, ébria de amores llega, y á mis labios sedientos de caricias entrega de sus mórbidos senos las rojas rosas vivas.

Arde en los pebeteros la mirra lentamente. Tiembla de amor el hilo de plata de la fuente, perturbando la calma del paisaje dormido...

Los labios á los labios besan voluptuosos, mientras, tras los antiguos tapices, envidiosos, los pálidos eunucos murmuran al oído.

F. Villalpessa.